



UNA INCURSIÓN EN LA CLASE OBRERA (II)

Antonio Doctor

Introducción

En la primera parte de este trabajo relaté mis primeras sorpresas y decepciones ante las reacciones (unas individuales, otras colectivas) de compañeros de trabajo en situaciones que se dan con poca frecuencia y por eso mismo nos sacuden el ánimo poniendo de repente ante nuestros ojos una respuesta que no se corresponde con lo que, por instinto, herencia genética o lo que sea, habíamos esperado.

Hasta ahora, las experiencias que relaté las sufrí con trabajadores que no buscaban ninguna proyección social, trabajadores “normales”, como se suele decir en el argot usado por los sindicalistas¹. Mas que un chasco con los trabajadores lo sentí como un chasco con los seres humanos, porque aunque yo veía (me coloco en los 19/20 años de edad) en la sociedad la diferencia de intereses (si te doy una mayor porción del pastel disminuye la mía) no veía ninguna diferencia de “culturas”, por así decir. Podía ver como normal un comportamiento servil por parte de los que empezaban (o aspiraban) a subir la escalera de mandos en la empresa, pero no la entendía en absoluto cuando provenía de los trabajadores sin otra ambición en el terreno laboral que la de conseguir la categoría más alta en su profesión, pero no se ven a sí mismos como encargados o jefes, ni por lo tanto, dedican sus esfuerzos a ello. O sea, un comportamiento servil deliberado lo entiendo, pero lo que me descoloca es el gratuito, el que nace de no sé que interioridades.

Las experiencias que voy a relatar ahora las sufrí con trabajadores activos, organizados en el sindicato y en algún partido político de la izquierda. Siguen causando sorpresa y decepción pero ya tienen otro carácter que las anteriores y me condujeron a dar respuestas diferentes. Al fin y al cabo, las relatadas en la primera parte dejan su huella en la red neuronal. La verdad es que estas más tardías siguen produciendo una sensación de pasmo y asombro, en la medida en que son, como antes, palabras o actos inesperados, pero ya no atacan solamente a unas creencias instintivas o si se quiere “ingenuas” sino que también atacan unos principios y unas convicciones que has ido forjando durante años. Desde que la sorpresa te la llevas con alguien con quien estas luchando codo a codo, en un empeño que consideras colectivo (y que debe de serlo), ya no te quedas en el análisis, en la búsqueda del porqué; lo que sientes ahora es la necesidad de discutir, de polemizar, de indagar abiertamente en el camino que se te ha abierto.

Primera experiencia

Alemania. Frankfurt, 1978. La empresa en que trabajaba se va a pique y nos despiden a todos. Por no quedarme en el paro voy a una empresa pequeña, muy cerca de mi domicilio, donde necesitaban un electricista de mantenimiento. Me habían hablado muy mal de ella pero me interesaba sobre todo por que tenía 5 minutos a pie desde mi casa.

Unos 70 trabajadores, mecanizando piezas grandes para los fabricantes de camiones (cardan, ejes traseros, soportes, etc.). Todos extranjeros (italianos, españoles y turcos) menos los tres o cuatro encargados y el personal de oficinas. El dueño, un pequeño terrateniente al cual sus hijos, con carrera habían convencido para transformar su huerto en una fábrica. Padre e hijos dirigían

¹ Tengo que decir que nunca me gustó esa expresión porque nos coloca a los que nos enganamos a la lucha como “anormales”, si seguimos la lógica gramatical, pero unos anormales que lo somos porque nos sentimos “por encima” o “más allá” de los otros, siendo que a veces, en medio de una lucha, cuando las fuerzas están en tensión y cualquier paso en falso puede dar la iniciativa al adversario, es de alguno de esos “normales” que surge la propuesta ideal para el momento, que a nosotros, sabihondos, no se nos había ocurrido.



aquello con mano de hierro. Las máquinas herramientas estaban colocadas de cualquier manera para ganar espacio, aunque los trabajadores tuviesen que saltar por encima de contenedores para llegar a su puesto de trabajo; las carretillas elevadoras, antiguas, con motor a gasolina, corrían de un lado para otro en el único pasillo disponible; ni un solo extintor de incendios. En suma, no se respetaba ninguna norma legal y, por supuesto no había ninguna presencia sindical. A poco de entrar le pregunté un trabajador si no había un comité de empresa. Me contestó, sin un asomo de acento crítico que no, que el jefe no quería, que ya tuvo un tropiezo con uno por eso y lo despidió. Trabajaban a destajo y tenían que picar un cartón cada vez que acababan una tanda de piezas iguales y pasaban a mecanizar otras diferentes. Pude comprobar que engañaban a los trabajadores (que no llevaban control) en los tiempos empleados.

Ante ese panorama me propuse organizar algo. Fui al sindicato a exponer la situación. Me atendió un italiano que se ocupaba de atender a los extranjeros. Muy atento y dispuesto me dijo que el sindicato no podía hacer nada. No tiene en Alemania ninguna potestad para formalizar una denuncia sin tener una representación dentro de la empresa. Había que empezar por elegir un comité de empresa. Con un par de trabajadores que estén sindicalizados, el sindicato ya puede presentarse en la fábrica y respaldar una candidatura. La tarea vuestra – dijo - es buscar los candidatos y presentarlos. Se ofreció a venir al pueblo (era un municipio encostado a Frankfurt, hoy ya absorbido como barrio) y encontrarnos en algún local e informarnos por extenso, incluso en sábado o domingo.

Con estas me dirigí primeramente a los españoles (había 5 o 6) y de entre ellos elegí a uno que era la cabeza visible del PCE en el pueblo, donde vivían bastantes familias españolas desde hacía varios años. Tendría cerca de 50 años de edad, llevaba trabajando en esa empresa 4 o 5 años, repartía regularmente el “Mundo Obrero” entre los otros españoles y llevaba siempre un gorro de lana con los colores de la bandera republicana. Trabajaba entre dos máquinas iguales, con un tiempo de ciclo que le permitía atender ambas. Quitar del útil la pieza ya mecanizada, colocar otra sin mecanizar y pulsar el botón de arranque, para volverse a la otra máquina, que ya estaba terminando, para hacer lo mismo. Prácticamente, el tiempo de ciclo de cada una era igual al tiempo que tardaba él en preparar la otra.

Le conté lo que había hecho, acompañando sus giros, y le pregunté si quería participar. Empezó por decirme que el jefe no era mala persona, que tenía sus prontos, etc. Y a seguir, que no tenía tiempo para hablar con el del sindicato, que los sábados tenía reunión del partido. Todo esto visiblemente molesto y dando ojeadas alrededor. Le apreté las clavijas citándole el domingo, pero me dijo que en las horas libres, incluso los domingos, hacía otros trabajos. Y como no me iba de su lado, acabó por echarme diciéndome que se estaba atrasando en el trabajo, lo que no era cierto porque no dejó a ninguna de las dos máquinas esperando por hablar conmigo.

Moviola con experiencia anterior

Fue una sorpresa por lo brutal de su reacción, pero solo lo fue a medias porque ya en Brasil había conocido comunistas de doctrina que, como los católicos, mantienen su vida normal separada de su “culto”, por llamarlo así, y no participaban en la vida sindical activamente. Hoy ya estoy curado de esos espantos y lo único que me apena es haber ido descubriendo que esos “militantes” son mucho más numerosos de lo que creí en un principio. Viniendo de familia comunista, (un hermano de mi madre fue elegido diputado en las elecciones de 1936 y mis padres vivían en la sede del partido en Madrid, siendo mi padre el que se ocupaba de los asuntos sindicales) la prematura muerte de mi padre no me permitió entrar a conocer autores ni textos marxistas de su mano ni de la de nadie, puesto que mi tío salió de la cárcel por un indulto de Franco y se marchó clandestinamente a Francia. Entré pues, por mi propio pie, a mi manera. Y si algo me quedó claro desde el principio es que sin el concurso activo y decidido de una gran mayoría de los trabajadores no hay revolución posible en ningún país. Partiendo de ahí me



imaginaba a los comunistas como personas muy preparadas y entregadas a la agitación y a la lucha dentro de las empresas. El trato con los comunistas españoles que conocí en el Centro Español de Sao Paulo y, sobretudo, mi paso por el PC brasileño, precisamente en 1965, en lo más duro de la dictadura militar, me desengañó: Había de todo, como en botica. Y eran aquellos tiempos en los que se había consagrado la figura del partido comunista de tal manera, que una vez entrado, salirse era como quedar estigmatizado.

En el PC brasileño estaban entregados a la teoría que propugnaba en el partido una política de alianzas con las “fuerzas populares y democráticas” (en las que se introducía a la “burguesía nacional”) para enfrentar al imperialismo norteamericano. Todos los pasos se quedaban supeditados a esa estrategia, que se fundamentaba en la teoría de las contradicciones principales y secundarias. En las reuniones del partido no se hablaba de otra cosa (e incluso se usaba para paralizar las iniciativas que proponían los más “novatos”). Mientras tanto, los componentes de la célula más antiguos dejaban escapar muchas oportunidades que surgen en el día a día para acompañar y/o liderar focos de descontento e incluso protestas justificadas que iniciaban espontáneamente algunos trabajadores. El trato diario con los comunistas me demostraba que habían aceptado sin crítica ni análisis propio unos rudimentos de marxismo, y se sentían fuertes, no por sus convicciones propias ni por los logros conseguidos en su entorno laboral, sino simplemente por pertenecer al partido, que ya tenía sus dirigentes y sus cabezas pensantes.

Recuerdo, a título anecdótico, que inicié unas clases gratuitas de matemáticas en mi casa con compañeros de trabajo, y pude comprobar como entre el pueblo, entre los trabajadores había algunos con gran capacidad para asimilar rápidamente álgebra y trigonometría y entendían sin mucha retórica la problemática de la sociedad de clases, sin por ello sentir en ningún momento la necesidad de acercarse a los comunistas y relacionarse con ellos. ¿Porqué? Porque los conocían solamente en su calidad de trabajadores y en el trato normal con ellos no les atraían, yo diría que por su falta de naturalidad. Estos eran los pensamientos que me asaltaban: ¿Si pudiéramos fundir la inteligencia natural de estos con la determinación de aquellos, que en la clandestinidad se están jugando el pellejo por un ideal sin siquiera recibir cualquier satisfacción estimuladora, ni que fuese temporaria!

Vistas y comprobadas las limitaciones de los hombres del partido que me rodeaban me puse a buscar otros grupos, de estudiantes y de obreros. Dos o tres años después (hacia 1970) ya tenía un cuadro más acabado de la situación del movimiento obrero y de los grupos comunistas de varias tendencias.

En aquel tiempo los sindicatos actuaban solamente fuera de las fábricas. Es decir, en Brasil no había entonces, ni hay hoy, representación sindical en las empresas. Estar afiliado servía para poco. En el periodo que trabajé allí (de 1963 a 1971) no hubo ninguna lucha porque la dictadura intervino en los sindicatos expulsando de ellos o encarcelando a los más activos. Como sería largo de contar y no es necesario, me limitaré a detallar mis conclusiones antes de volver a España, conclusiones que las experiencias posteriores pueden haber matizado pero no han alterado en lo esencial.

Reflexiones

Las corrientes ideológicas dentro del movimiento obrero surgieron en un intenso debate. Pondré por mi cuenta su inicio en el enfrentamiento entre Marx y Bakunin en la I Internacional y lo terminaré en las teorías surgidas después del triunfo de la revolución china y después la cubana, que dieron vida a la tesis del cerco a las ciudades. En ese intervalo tenemos la fundación de la II Internacional, la ruptura entre comunistas y socialistas que llevó a la fundación de la III Internacional, la efímera República de los Consejos alemana y las teorías llamadas “consejistas”, posteriormente el trotskismo y la IV Internacional, y finalmente la



aparición de diversas corrientes dentro del trotskismo. No entro a juzgar nada, solo quiero destacar lo siguiente: El paso de los años estratifica, por así decir, esas corrientes. Y en los años 60 y 70, varias generaciones después de su aparición, desaparecidas las condiciones históricas que le dieron origen a las primeras, lo que encontramos son militantes que se sitúan en una u otra, o por tradición familiar o por razones de carácter personal. Pocos, muy pocos son los estudiosos de todo este proceso que toman partido ya con unos argumentos meditados y elaborados a lo largo de años. Y hasta hoy ninguno de los que he conocido ha conseguido explicarme convincentemente sus motivaciones y el ordenamiento lógico que le ha llevado a abandonar una corriente ideológica para abrazar otra. Lo mas que he oído fueron estereotipos, frases hechas, interpretaciones parciales e interesadas de hechos históricos cultivadas a lo largo de los años, que ya nadie se molesta en investigar para poner las cosas en su sitio, y si lo hace será conocido por el reducido grupo de obreros (porque del mundo de los trabajadores estoy hablando) que se preocupan por la investigación de los hechos históricos. He asistido innumerables veces a debates llamados “ideológicos” con controversias por ejemplo sobre si “partido de cuadros” o “partido de masas”, sobre si el estalinismo lo implantó Stalin o ya lo había iniciado Lenin con el “partido único”, sobre el carácter del estado soviético, etc. etc. y he sentido siempre la sensación de que la postura de cada uno ya estaba tomada de origen, reforzada ahora por las relaciones sociales e incluso de amistad que esa postura le ha proporcionado. Si eso ya ha echado raíces en su personalidad y no se imagina a sí mismo rompiendo con su entorno social por causa de unos razonamientos ajenos (sean o no consistentes) tenderá a rechazarlos, llegando incluso (y eso me ha sucedido con militantes salidos de años de clandestinidad en España) a pensar que el que le intenta convencer de algo es un policía infiltrado.

Por otra parte nunca entendí el hecho de que entre nosotros, trabajadores que no queremos aspirar a ser otra cosa, en un entorno de compañeros de los que la gran mayoría pueden quejarse en ocasiones del trato que reciben, pero no ponen en cuestión ni la autoridad del empresario sobre sus empleados ni mucho menos el sistema capitalista como un todo, nos enzarzamos en cuestiones teóricas sobre los caminos de la revolución y además les llevemos esos problemas a los trabajadores. Y lo peor es que ni siquiera se les lleva como problema, sino como una solución propia, que se presenta compitiendo con las soluciones que le dan otras corrientes que también son activas en las empresas. Entendí que por muy diferentes que se crean, esa forma de actuar ante los trabajadores los iguala y desde ese momento me negué a identificarme ante los trabajadores de cualquier corriente por muy apreciable que fuese a mis ojos su trabajo sindical. Hay muchos trabajadores que se dejan seducir por esta o aquella corriente para recibir un trato preferencial del delegado sindical que la representa, y como la adhesión no tiene otro fundamento, acostumbran a pasar de los delegados que representan a otra. No perteneciendo a ninguna es mucho más fácil llegar a todos, siempre que a los seguidores de todas las corrientes existentes en la fábrica.

Indudablemente, la lucha en la fábrica es la primera línea de frente. Quién no lo entienda así y de prioridad al trabajo político fuera de ella, está depositando sus esperanzas en la toma del poder a través de las urnas, tanto si lo confiesa como si no. Está implícita esa esperanza cuando se descuida el trabajo diario y constante en los centros de trabajo y se coloca todo el esfuerzo en la captación de afiliados al partido, en las reuniones y mítines y en la campaña electoral en vísperas de comicios. Si nos colocamos ante un horizonte más amplio que el de las solas elecciones, (y eso es vital para la revolución) lo prioritario, lo esencial (esto es de Lenin y lo asumo) es la difusión de ideas entre la clase obrera. La lucha por salarios, reducción de jornada, mejora de las condiciones de trabajo, etc. pero siempre acompañada de un mensaje revolucionario que podemos sintetizar así: Todas las conquistas son reversibles, efímeras, transitorias, mientras los capitalistas tengan a su disposición el poder coercitivo del estado. Si el partido obrero entra en el juego parlamentario burgués, el crecimiento de su fuerza en el parlamento tiene que ser el reflejo y la consecuencia del crecimiento de la disposición de lucha



de los trabajadores, nunca el reflejo del crecimiento de las ilusiones de los trabajadores en un cambio desde las instituciones.

Entendido así, es para mí evidente que la empresa es el frente más decisivo de esta guerra, donde más acirrada es la lucha ideológica entre la burguesía y nosotros. Y es también donde la burguesía es más vulnerable, donde más descarnadamente aparece ante los trabajadores el carácter explotador del capitalismo, donde, por sufrirlo en sus carnes, aprenden mucho más sobre el mismo que con mítines, discursos o relatos sobre las consecuencias de la explotación en países lejanos, que tanto proliferan hoy en los medios de difusión.

Por eso, porque es el más vulnerable, es donde la nube ideológica que forma la burguesía se torna más densa y espesa y consigue ocultar a la vista de la mayoría las verdaderas relaciones entre patrón y trabajador y colocar en su lugar un mundo virtual, en el que quedan invertidas las mas elementales verdades que la historia nos enseña. La mayor: que la creación de puestos de trabajo depende de las inversiones, esto es de la voluntad del capital. La historia nos dice lo contrario: que el trabajo fue lo primero y el capital vino después, como trabajo acumulado, transformado en capital. De aquí se desprende otra inversión: que el trabajador no puede vivir sin el capital, mientras que este si puede vivir sin el trabajo. Y otra: que el que manda, el que tiene la sartén por el mango es el empresario, y al trabajador le queda obedecer y cumplir con su obligación. Pero hagamos una huelga, paremos el proceso de producción y veremos de repente al mundo real sobreponiéndose al virtual, al empresario corriendo de un lado para otro y empleando toda suerte de artimañas para que volvamos al trabajo y a los medios de comunicación cómplices divulgando cifras de pérdidas millonarias por causa de la huelga. Pero ha sido tan poderosa esta mistificación, que han conseguido que prácticamente haya desaparecido la figura tradicional del trabajador de principios del siglo pasado, orgulloso de ser el que produce, el que crea la riqueza, el que da de comer a la sociedad, consciente de que el empresario no ha hecho otra cosa que apoderarse de los medios de producción. Y ese tipo de trabajador no tenía porque ser “anormal” en el sentido que empleé en la primera parte, esto es no necesariamente tenía esa posición por haberlo aprendido en su partido o sindicato. Era una forma de pensar proveniente de una verdad que se metía por los ojos.

En Europa mejor que en cualquier otra parte del globo, tenemos garantías legales que nos permiten trabajar intensamente en la agitación de los trabajadores, en desenmascarar ese mundo virtual y colocar las cosas en su sitio. Con un periódico de fábrica y habilidad para emplear todos los recursos literarios que nos ofrece la retórica para llegar a todos con amenidad, haciendo uso del humor, la ironía, el refrán, la metáfora, etc. acompañado de una actitud honrada y limpia ante los trabajadores, en la defensa de los intereses colectivos, se pueden hacer maravillas.

Ya portando todo este acervo volví a España definitivamente en 1982. En Brasil por causa de la situación social y política que ya cité más arriba y en Alemania por los obstáculos que se encuentra como extranjero, el caso es que no había participado de lleno en la actividad sindical en la fábrica. Al llegar aquí tuve la gran suerte de entrar a trabajar en una importante planta de producción de automóviles, con cerca de 9.000 trabajadores, y fue donde me dispuse a llevar a la práctica mis sueños. Objetivamente, la “incursión” empezaba ahora, y yo era como un estudiante que termina la carrera y empieza a intentar ejercerla. Me esperaban todavía grandes decepciones y sorpresas, pero también satisfacciones nuevas, nunca antes sentidas. Lo trabajaremos en la tercera y última parte de este culebrón. ■